

El doctor Luis de Velasco nos ha dejado en medio de la sorpresa, de la tristeza y de la envidia.

Recibo una carta de nuestro común amigo Picardo en la que me dice que Luis había muerto, como vivió: ¡de pie!

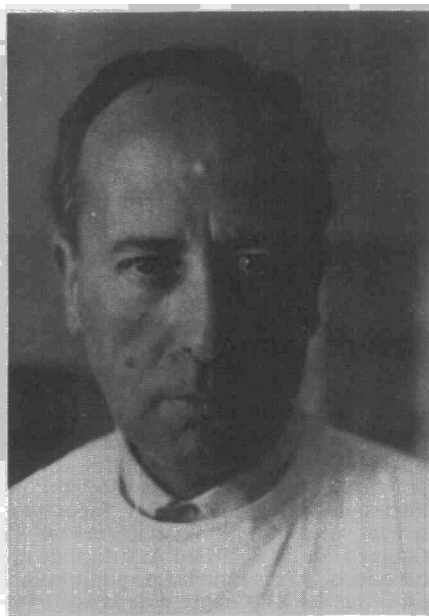
Hombre de una pieza, conjugó siempre la distinción, la sabiduría y la honestidad. Por eso nos deja en la incertidumbre de si a pesar de haberle apreciado mucho, no lo hiciéramos aún bastante. Realmente la superior calidad humana de Luis asomaba por todas partes, su porte y presencia, no podían pasar desapercibidos.

Su figura confirmaba que la estirpe no es un mito. Su inteligencia preclara le destacó siempre y fue admiración de todos. La honestidad fue su preocupación más relevante con el sentido actual de la responsabilidad proporcionada y obró siempre como vivió, de acuerdo con su pensamiento y su conciencia.

Nació en Llodio, Alava, hace 69 años. Cursó sus estudios en San Carlos de Madrid y con premio extraordinario corona sus estudios de licenciatura.

Fue su maestro entrañable el Prof. Teófilo Hernando, de quien se separó para hacer la experiencia de dos travesías como médico «a bordo» después de ganar brillantemente sus primeras oposiciones de Médico de la Marina Civil. Gustaba conocer mundo y así conoció la Argentina. Luego deja definitivamente la medicina interna para adentrarse seriamente en el estudio de la Tisiología, entonces extensa e importante especialidad de la medicina y en la que le inicia el Dr. Antonio Crespo Alvarez, del que sería muy querido y predilecto discípulo. Fue el estudio de la tuberculosis su camino y su meta alcanzando la maravillosa recompensa de ver cómo se abate la enfermedad que tanto le preocupaba con los antibacilares actuales. Por eso Velasco era de los que más sabía de las modernas drogas y de su buen empleo.

Velasco, que era ibero en el entusiasmo pero teutón en su deseo de profundizar



como en el color de su cabello, fundamentó sólidamente su formación fisiológica. Con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios estuvo con Loeschke en Greiswald, Alemania, quien había contribuido al conocimiento de la anatomía patológica del entonces famoso Infiltrado Precoz, así como el papel de las callosidades pleurítico-atelectásicas en la patogenia de la tuberculosis de reinfección. Así estableció la base sólida de la patología de la tuberculosis. La clínica la adquirió de Ulrici en Sommerfeld así como la colapsoterapia de entonces. Y en Viena aprende de Neumann su virtuosismo semiológico y criterio clínico.

Con este bagaje, en el año 1931 gana con el n.º 1 las primeras oposiciones de Directores de la Lucha Antituberculosa, empezando así su vida profesional, bien templado por

su conocimiento técnico de su tiempo, por su profundo sentido humano de la relación médico-enfermo, escogiendo para su desarrollo la ciudad de Valencia, que le ofrece amor, familia y amigos.

Son primero el Dispensario Antituberculoso del Camino del Grao durante los años 1932-1948, y después el Sanatorio de «Porta Coeli», en donde desarrolla su actividad asistencial y se dedica al estudio y docencia, como lo demuestran sus trabajos y el grupo de discípulos que han de perpetuar aún su memoria y sus enseñanzas.

Sus trabajos sobresalen siempre por su solidez y por su temática orientada a las interrelaciones entre la clínica, los datos de laboratorio, bacteriología y los tratamientos antibacilares, o sea lo que facilita y supera el acto médico en orden al diagnóstico y tratamiento, para servir mejor al enfermo. A mi modo de ver, convergen en la personalidad de Velasco, su incommovible objetividad científica, su amor a la cultura y un gran respeto a la dignidad humana. Estas tres condiciones le hacían un gran médico y un intelectual español a la europea.

Con estas palabras queremos, rindiéndole el homenaje de nuestra admiración y amistad, señalar el paso de un promotor de la tisiología científica en España; de un trabajador incansable que se despide de su Sanatorio para la eternidad ofreciéndole el último día de su vida; al profesional responsable que busca y se hace con la verdad con esfuerzo y dedicación; y al médico que no olvida jamás que su paciente es un hombre de cuerpo y alma.

Y quisiera decir a los jóvenes de hoy que sigan su senda; y a los mayores que la conocimos y fuimos árboles de un mismo bosque, él el más frondoso, que guardemos en nuestro silencio el recuerdo orgulloso de haberle conocido y estimado y nos anime la belleza de una muerte como la suya: ¡de pie!

Dr. G. Manresa Formosa